

Las Universidades y el Mundo contemporáneo

La Conferencia Internacional de Universidades tuvo lugar en Niza del 4 al 10 de diciembre, con asistencia de doscientos delegados que representaron a 168 establecimientos de enseñanza superior de todas las regiones del mundo. Conforme se había previsto, se acordó constituir la Asociación y se aprobaron sus estatutos y las bases de funcionamiento de la Oficina Internacional de Universidades con domicilio en París. Fué designado Presidente de la Asociación el Profesor Sarraih, Rector de la Sorbona.

El cumplimiento del programa previsto en el orden del día supone un paso importante en el camino de la colaboración moral y material de las universidades. Frente a las amenazas de disolución moral que pesan sobre el mundo, el comportamiento de los delegados fué una gran manifestación de fe. La voz de la razón se elevó contra las trampas de la inteligencia corrompida que trata de justificar la catástrofe. Así el debate sobre la misión de la Universidad ante las transformaciones morales y materiales del mundo moderno dió lugar a un amplio intercambio de ideas. Díriase que había renacido la vieja sociedad de los espíritus y que cada cual exponía sus ideas sin correr el riesgo de la exclusión y el anatema.

De modo principal intervinieron en este debate los señores Houssay, premio Nobel (Argentina); George Zook, Presidente del Consejo Americano de Educación (Estados Unidos); y Pierre Auger, físico francés y director del Departamento de Ciencias de la Unesco. Si queremos favorecer el equilibrio del espíritu en medio del tumulto de las grandes corrientes que se disputan el mundo, es imprescindible procurar el acercamiento de los grandes espíritus. De este modo se mantendrá viva la idea de la civilización y se fortalecerá el nexo que une las culturas clásicas y modernas, para que los valores del espíritu tengan ocasión de perdurar y desarrollarse.

Entre las resoluciones de la Conferencia que conviene mencionar aquí citaremos las que se refieren al fomento de las relaciones universitarias con vistas a una ayuda recíproca. La Oficina Internacional, en ese sentido, funcionará como secretaría encargada de recopilar y difundir estadísticas

y trabajos sobre problemas universitarios, entre otras materias, sobre la misión que incumbirá a las universidades en los programas de asistencia técnica de las Naciones Unidas.

Un ejemplo sistemático de tal estado de cosas fué mencionado al darse cuenta que la Unesco había recibido el encargo del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas de dar prioridad al proyecto de fundación de un Centro Internacional de Cálculo, de un Instituto Internacional del Cerebro y de un Instituto Internacional de Ciencias Sociales. Se ha contemplado, asimismo, la creación de numerosos centros, llamados a responder a necesidades análogas en otros campos de la ciencia. Ciertas necesidades de la ciencia, para ser satisfechas, requieren una realización internacional. A ello obligan el alto costo de las instalaciones, la necesidad de recurrir a un personal en extremo especializado.

Dentro de la función universitaria se abordaron diversos temas relacionados con la condición moral del sabio. La ciencia que puede adquirirse en el espacio de una vida corresponde, hoy, a un sector cada vez más reducido del saber. Los estudios a que el sabio se circunscribe le obligan a dejar de informarse acerca de una parte cada vez más extensa de la realidad; de suerte que, en numerosos terrenos de los que apenas hay quien no posea por lo menos algún conocimiento empírico, el sabio se presenta como torpe y cándido a los ojos de los demás. Las Universidades no deben procurar solamente ornato a las memorias y ejercicio a las inteligencias. Deben también persuadir a cada uno de sus hijos de que, por el sólo hecho de ser un privilegiado de la cultura, ha contraído responsabilidades particulares en el civismo internacional y en el nacional. Es esencial que la Universidad permanezca tan apartada de la lucha de los partidos como de las consignas y de las ideologías oficiales a fin de que mantenga celosamente su independencia y, también, su serenidad. Pero independencia no supone indiferencia, ni serenidad quiere decir ceguera. Una enseñanza imparcial, fundada en la objetividad científica más estricta, no está obligada a huir de la realidad, porque, si la ignorase o si informase de ella insuficientemente, ¿cómo podría preparar a los jóvenes que acuden a las aulas para afrontarla?

Sin embargo, en este clima espiritual, se consideró una urgente necesidad publicar «Declaración solemne», mensaje de

las Universidades al Mundo, en el momento presente. Tres principios contiene esta Declaración que las Universidades y la Asociación proclaman, como guardianes de la vida intelectual: el derecho y la libertad en la investigación científica, cualquiera que sean los resultados y las consecuencias a que puedan conducir; la tolerancia de las opiniones opuestas; la independencia de la Universidad respecto a las ignorancias políticas. Como derivados de la Carta de las Naciones Unidas y de la Constitución de la Unesco, significan la defensa del patrimonio histórico universitario y la restitución a la Universidad de su esfera tradicional y propia.

En su segunda parte la Declaración se refiere a la enseñanza y a la educación. La Universidad deberá utilizarlas como medio para fomentar los principios de libertad, justicia y dignidad y solidaridad humanas a fin de procurar desarrollar entre las naciones la colaboración moral y material.

En la redacción de este mensaje han intervenido hombres de todas las ideologías: el Profesor Sarraih, el Profesor Carneiro, el Rector de la Universidad de Cambridge Sr. Rogers, Decano de la Universidad de Harward, el Padre Rooney, de la Fordhan University, de la Compañía de Jesús, el Rector Salassi de la Universidad de Teherán, el Decano de la Facultad de Derecho de París Sr. Julliot de la Morandière, el Rector de México Sr. Garrido, el Rector de la Facultad de Derecho de Chile Sr. Correa Fuensalida.

La Conferencia de Niza ha servido, pues, para confirmar la tendencia clásica a lo largo de nuestra historia; en tiempos de anarquía y de inquietud los espíritus sienten una mayor necesidad de asociarse a fin de laborar conjuntamente por los rasgos esenciales de la civilización. Hoy no cabe imaginar la subsistencia de un núcleo cultural humano, en medio del aislamiento.